

## El gaucho

### La pampa – octubre de 1945

Noche clara. Estrellas. Algo de viento, y las pequeñas llamas del fuego parecen bailar al compás de la guitarra. El asado ya ha terminado, sólo quedan unos trozos de carne casi quemada y unos huesos ya roídos que se disputa media docena de perros bajo un ombú. Canta Pedro Ambustegui, y por el grupo de oyentes pasa una botella de aguardiente. Cada uno bebe un trago, luego el alcohol sigue su camino circular, calentado tanto por lo que queda del fuego muriendo como por las manos sudorosas que encierran la botella como un cáliz.

Pasos. Alguien se está acercando, y, sin siquiera volver las caras, cada uno se mueve para darle sitio cerca del fuego. El hombre, alto, masivo, imponente, se sienta en medio del grupo. La botella llega hasta él, casi inmediatamente, a penas sentado el hombre. Como volando. Bebe un trago, se limpia los labios con el dorso de la mano, y arroja la botella a sus pies. Está vacía. Nadie habla. Pedro sigue cantando, y el hombre lo contempla igual que el resto del público, con la misma sonrisa seria, aprobadora.

El hombre viste como los demás. Bombacha blanca, chiripá, camisa de mangas holgadas, chaqueta corta, boina negra. Pero todo esto, al contrario de los otros, perfectamente limpio. Limpia la bombacha, limpia la camisa, limpias las botas de cuero negro recién lustradas. El facón también se ve distinto. Más largo, más lujoso, con un mango de madera de boj e incrustaciones de marfil.

No llega tarde al asado. Es que ya comió. Con su mujer Elena, y sus hijas Ana-María y Lucinda. Ellas se quedaron en la terraza, y desde allí están mirando el círculo de hombres, medio fascinadas medio angustiadas, cautivadas por la música y el canto, asustadas por las sombras inquietantes de los hombres, cuyas caras enrojece la luz de las brasas, cuyas sonrisas se parecen a rictus de diablo, cuyas almas se escapan con el humo azul y oloroso de la carne muerta.

El hombre que acaba de sentarse en medio del círculo de peones se llama Roberto Crivelli. Es el dueño de la estancia. Hijo de Roberto Crivelli, el fundador. Nieto de Roberto Crivelli, quien llegó de su Liguria natal en 1880 y empezó de peón en la misma estancia, que en la época todavía se llamaba Estancia Gallano. Pero eso era antes de que Roberto Crivelli, hijo, se casara con Emilia Gallano, hija de Francisco Gallano. Hombre emprendedor, amigo de Manuel Quintana, famoso abogado porteño y futuro presidente de la República Argentina, Francisco Gallano hizo de su estancia una de las más importantes de toda la zona de San Antonio, hasta que la muerte de su mujer lo transformó en un fantasma alcohólico.

Así fue como Roberto Crivelli, hijo, se hizo con la estancia Gallano, que pasó a llamarse Crivelli después de la muerte de Emilia. Sigue la estancia Crivelli tan prospera, e incluso algo más, que la estancia Gallano. Hoy, Roberto Crivelli, nieto, puede considerarse como uno de los más potentes estancieros de toda la Pampa húmeda.

Potente, y emblemático. Trabajar de peón en la estancia Crivelli es considerado, en el medio gauchesco, como una verdadera suerte. No por una cuestión de sueldo, Crivelli no paga mejor que los demás estancieros de la zona. Tampoco por cuestión de trabajo, Crivelli es tan duro y exigente como sus colegas. Pero él es un verdadero gaucho. Un gaucho más. Que entiende mejor que nadie lo que es el trabajo del campo. Habla el mismo idioma que sus peones, y conoce los subsuelos del alma gauchesca. Muy a menudo, participa de los asados, incluso haciendo de asador. Y en esos casos, no se muestra tacaño con el vino y el aguardiente. Por eso, unos peones lo ven como un hermano, otros

como un primo, otros cuantos más jóvenes, como un padre. Todos como un patrón, pero nadie como un extranjero. La estancia Crivelli es una familia.

Ya es muy tarde. Hace rato que las mujeres abandonaron su terraza. Uno tras otro, los peones se van a dormir. Pronto no quedan más que dos alrededor del fuego ya apagado: Roberto y Casimiro. No hablan, ni se miran. Se conocen desde hace ya tanto tiempo. Casimiro ya trabajaba de peón para el padre cuando el hijo todavía llevaba pañales.

Se quedan así callados durante varios minutos, y Crivelli por fin, antes de levantarse:

- Me dijo García, el de la Estancia Brígida, que había notado una cerca en muy mal estado, al final del camino de los zapallos. Cógete el carro y una linterna y vete a dar un vistazo. No quiero que se escape el ganado.

Casimiro cabecea, y se levanta. Crivelli le da una palmadita en el hombro.

- Gracias.

Y se va hasta su casa, silbando.

Cuando por fin Casimiro llega a su casa, ya son las 2 de la mañana. Los demás peones viven todos juntos en un edificio anexo al principal de la estancia, pero bastante alejado del resto de las construcciones agrícolas. Así que se podría considerar a Casimiro como un privilegiado: tiene su propia casa, al lado de una de las granjas. Pero casa ya es mucho decir. Chozas sería la palabra correcta. Un cuarto. Una ventana. Muy pequeña. Una mesa, una silla, una cama. Un armario. Todo esto ya estaba acá cuando entró por primera vez. Un regalo de Crivelli, padre. "Así estarás más tranquilo, Casimiro". Y más cerca de la casona del patrón. Más cerca todavía de las granjas. Del trabajo. ¿Cuántos años tenía? ¿25? ¿26? Poco más. Ya hacía 10 que trabajaba en la Estancia Crivelli. Que todavía se llamaba Gallano. Por poco tiempo: Emilia murió de neumonía a los 27 años, en 1912. Su hijo tenía tan solo 2.

Crivelli padre le tenía mucho afecto. Había encontrado a Casimiro al salir de la iglesia de San Antonio, un domingo de 1905, en la puerta, una mano abierta. Pedía limosna. A los 15 años. Todavía vivía en el tugurio de sus padres, en las afueras del pueblo. Hacía ya meses que su padre ya no trabajaba en la herrería: lo encontraban borracho cada día antes de las 10. Unas semanas antes de este domingo, había matado a su mujer con uno de los martillos de la herrería, y, completamente bebido, se había caído en un pozo detrás de la casa. Casimiro sabía un poco de herrería, así que Crivelli le ofreció un puesto de peón en la estancia Gallano.

Casimiro se tiende en su cama, sin quitarse la ropa. No le quedan más que unas horas para dormir un poco. En esta época del año, la estancia se despierta antes de las seis. Está cansado, pero contento. El patrón lo estará también, y mucho. Todo está en orden. Una vaca había logrado escapar, pero no tardó más de media hora en encontrarla. Ni vale la pena señalarlo al patrón, se asustaría por nada. Ya tiene suficientes preocupaciones. Casimiro se duerme. Satisfecho. Feliz.

Otro domingo. Mañana sagrada. La familia Crivelli es muy creyente. Muy devota. A las 9 en punto, todo el mundo, Roberto, Elena, Ana-María y Lucinda se suben al carruaje, y Casimiro da un leve azote al caballo. Media hora de viaje hasta la iglesia, una hora de misa. Luego, las mujeres tienen otra media hora para visitar las tiendas y hacer algo de compra, mientras los dos hombres se van a tomar unas copas en la pulpería de la plaza. Casimiro no bebe alcohol. Roberto sabe por qué, y nunca les permite a los hombres hacer comentarios al tanto. Paga el vino de los peones presentes, y se va. Tienen unas horas más para quedarse en el pueblo. Libres. A las cuatro, tienen que volver a la

estancia. Andando, por supuesto. A veces Casimiro se va con el patrón, a veces se queda con los hombres. Le da igual. No tiene nada que hacer en este pueblo donde sobreviven demasiados fantasmas. La herrería está hecha ruinas. Nadie quiso comprar tal cuchitril. Llenaron el pozo, ni siquiera se molestaron en sacar el cadáver de Fuentes padre. Nunca más se habló del sangriento acontecimiento, incluso Casimiro desapareció de las memorias lugareñas, por un mero fenómeno de ocultación casi mística: no se habla de sogas en la casa del ahogado. Casimiro Fuentes pasó a ser Casimiro-no-más, y a más de cuarenta años de la doble muerte, ya nadie se acuerda que hubo otro herrero en San Antonio que ese cuyos martillazos se oyen ahora desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde.

De todos modos, Casimiro ya no viene más al pueblo sino los domingos por la mañana. Incluso si decide quedarse un rato con los demás peones, vuelve solo antes de la una. No come. Aprovecha las pocas horas libres que le quedan para echar la única siesta de la semana. A las cuatro menos cinco, está el primero en la granja. Trabaja sin hablar, casi. Lo necesario. No se queja. Se siente feliz. Hasta muy feliz. Le gusta su trabajo. Le gusta la estancia. El campo. El espacio. Esa sensación de libertad que tiene cuando recorre los campos, andando o a caballo. El es dueño de esa tierra. Sabe que no lo es, pero lo es. Se arrodilla, coge un puñado de tierra seca en la mano, y dice: "mi tierra". Así es feliz. No tiene nada más que pedir a la vida. A la suerte. A Dios.

Poco antes de la llegada de la primavera, a principios de septiembre, llegó un nuevo peón. Muy joven, poco más de 20 años, viene de otra estancia, cerca de Mercedes, una aldea bastante lejos, 50 kilómetros. Lo contrató Roberto Crivelli porque el joven conoce algo de mecánica y la estancia empieza a comprar tractores más grandes. Y también porque un primo suyo ya trabaja en la estancia.

En un principio Casimiro no le hizo mucho caso al joven. No suele intimar mucho con los demás peones. Eso no quiere decir que no los quiere. Casimiro es un compañero de trabajo de los más agradables, amigable y servicial. No falta nunca a los asados, tampoco a las otras fiestas, y aunque nunca bebe ni canta, siempre participa con buena gracia. Eso sí, habla poco. Y aún menos de él mismo. Tampoco pregunta. Cada uno emprendió su camino, partiendo de una historia distinta, que él no quiere conocer, como no quiere que conozcan la suya los demás.

Por eso encuentra el nuevo peón algo pesado. No sabe quien pudo decirle que se llamaba Fuentes. El caso es que también el joven se llama Fuentes. Pablo Fuentes. ¿Cuántos Fuentes hay en la Argentina? ¿Centenares? ¿Millares? Claro que no son parientes. Faltaría más. Pero al joven le parece un milagro. Recorre 50 kilómetros, integra la estancia más grande de toda la zona, y da con un Fuentes. Ni siquiera su primo se llama Fuentes, tiene otro apellido. La coincidencia no le parece muy milagrosa al viejo peón, pero tampoco quiere sacarle la ilusión al joven, y festeja igual el acontecimiento. ¿Pero acaso cambia su situación? ¿Acaso cambia su pasado, su presente y su futuro? ¡Si a él mismo le gustaría olvidar ese maldito apellido! ¿Para qué viene ese joven a amargarle la vida recordándosele?

Pero eso no lo dice a Pablo: tendría que explicar el por qué de las cosas. Que se lo digan los otros. Ya se lo dijeron. Y es exactamente por eso que el joven lo tomó en amistad. Por suerte no lo sabe Casimiro: odia la compasión.

Le irrita, pero no lo puede evitar: al fin y al cabo, le gusta el joven. Habla demasiado, lo está siguiendo por todas partes, y Casimiro se siente algo acosado. Pero no puede evitar sonreír. Ese entusiasmo para cosas tan insignificantes como la llegada de una lluvia inesperada o el vuelo de una mariposa por encima de una valla, ese exceso de fuerza desperdiciada en tareas realizadas

demasiado de prisa, ese flujo de palabras que le cruzan los oídos sin apenas pararse, sin que tuviera el tiempo de asimilarlas, ese poder de vida esencial, esa esencia de vida mezclada de esperanzas ingenuas y de ilusiones que se lleva el pampero<sup>1</sup>, iluminan su vida de una luz totalmente nueva, transparente y fresca, y los días se le hacen a la vez más ligeros y más extendidos, como siguiendo el vuelo sin rumbo preciso de las palomas.

Un domingo como cualquier otro, Pablo insiste y Casimiro acepta quedarse con los hombres, en la pulpería de Don Fulgencio. Lo lamenta en seguida. A penas sentados en torno a la mesa de madera, inmensa, que ocupa casi todo el recinto, todos se ponen a hablar al mismo tiempo, y el local se vuelve todo gritos y ademanes furiosos. Casimiro se ha sentado a un extremo de la mesa, al lado de Pablo, y sigue todo ese jaleo con asombro. Parecen muy enfadados.

- ¿Qué les pasa? ¿Están perdiendo los estribos? ¿Quién es este Perón del que hablan todos? ¿En qué estancia trabaja? ¿Y por qué lo detuvieron?

Pablo mira a Casimiro con más asombro todavía. ¿Es posible que...?

- No me digas que... ¿Verdad que no conoces al Coronel Juan Domingo Perón?

Los ojos de Casimiro revelan su desconcierto. Un coronel, ahora. ¿Qué tiene que ver un militar en el trabajo de una estancia? Y ahora Pablo le está hablando en chino. De sueldo. De derecho al descanso. De días laborales. Laborales. Che. ¿Acaso todos los días no son laborales? ¿Acaso el trabajo de la pampa autoriza el descanso y la pereza? ¿Acaso el ganado sale de vacaciones? ¿Procura no parir los domingos? ¿Conservar la leche en frío hasta el lunes? Hace 40 años que Casimiro trabaja. Ni un día de descanso. ¿Para qué? ¿Qué podría hacer que no sea trabajar? ¿Dormir? Hace años que no duerme más de 5 horas cada noche. El otro día, el del asado, durmió 2 y estuvo perfecto el día siguiente. Aquí tiene casa, comida, ropa. Familia incluso, no tiene más que a esta, la familia de la estancia. De vez en cuando Roberto le da unos pesos, para que pueda pagar su ronda en la pulpería, uno tiene su dignidad. O para comprarse cosas nuevas, un cuchillo, unas botas, un sombrero. No necesita más. Se siente en deuda permanente con los Crivelli. Sin Roberto Crivelli, padre, se hubiera muerto de hambre.

Pablo no se lo puede creer. Así que Casimiro vive desde años en la estancia, sin ir más lejos que San Antonio, y en el transcurso de tantos años, ni siquiera se enteró de lo que pasó más allá del pueblo. No sabe quiénes son Hipólito Irygoyen, José Félix Uriburu, Agustín Pedro Justo<sup>2</sup>. Y menos aún Juan Domingo Perón, el bendecido secretario de trabajo que promulgó el Estatuto del peón, acabando con el sistema feudal que mantenía los obreros de la tierra en estado de siervos. ¡Y habla de dignidad, el viejo!

Pablo descubre un mundo que nunca había imaginado. Un tiempo que, incluso antes del golpe de estado, creía desaparecido desde décadas. Perteneciendo a otro siglo. Un infra-mundo de esclavitud y de barbarie. Descubre al mismo tiempo que Casimiro tampoco sospecha que acá en la estancia, tiene un estatuto particular, muy distinto del de los demás peones. Casi un estatuto de esclavo personal del patrón. No lo sospecha, es más: de saberlo parece que no le importaría. Y estos de al lado que nunca se percataron de nada. Toman vino a jarros, gritando como fieras, aullando como perros encadenados, martirizando con sus puños cerrados la madera de la mesa, estos que lo ven a diario, que se apiadan de él porque lo saben tan viejo, tan cansado, tan discreto, y que lo desprecian por los mismos motivos, porque un peón tiene que ser fuerte, duro, tiene que tener cojones, y este pobre viejo parece que ni se folló una puta en su santa vida de puto santo.

---

<sup>1</sup> Viento típico de la Pampa.

<sup>2</sup> Presidentes de la República en la época previa a la del cuento, y del golpe militar de 1943.

Pablo mira a Casimiro, y Casimiro mira a su vaso. Casimiro sigue asustándose de los gritos, de los puñetazos, de las palabrotas de los hombres. Dicen que dentro de tres días, irán a Buenos Aires. A manifestar. Casimiro sabe que eso no lo va a permitir Roberto Crivelli. Dentro de tres días, o sea, un miércoles. ¿A santo de qué? ¿Acaso los peones pueden hacer lo que les da la gana, ahora?

Casimiro se levanta.

- Me voy. Están todos borrachos.

Pablo no lo detiene. Mira a Casimiro franqueando la puerta, y alejándose hacia el camino de la estancia. Solo. Andando. Cabizbajo. Triste. Pablo piensa que Casimiro no es triste por el motivo correcto. Casimiro no tiene vergüenza de su estado de sub-peón. Tiene vergüenza de los demás peones. Pablo entiende que para un Casimiro, un Roberto Crivelli padre es un dios, y Roberto Crivelli hijo es Jesús. Y los peones una pandilla de infieles. Cuando su primo Amancio le da un codazo para despertarle el ánimo, Pablo está a punto de partirle la cara. Para el gesto a tiempo. No es a Amancio que tiene que partir la cara. Y hay muchas maneras de partirle la cara a alguien.

Roberto Crivelli no dice nada. Echa un poco de agua en el mate, y lo pasa a Casimiro. A lo lejos, se oyen las conversaciones de los peones, agrupados delante del anexo. Es imposible entender exactamente lo que dicen, pero Roberto no necesita saberlo. Ya lo sabe. Casimiro le contó todo al volver a la estancia, unas horas antes. Aún no le hablaron los hombres, pero ya no necesitan hacerlo. Casimiro hizo de portavoz, sin quererlo. A Roberto Crivelli eso no le pilló por sorpresa. Hace mucho tiempo que sabe lo del estatuto del peón, y ya se reunieron varias veces los estancieros. La destitución de Perón abre muchas esperanzas. Las cosas van a retomar su caudal. El añora los tiempos de Castillo – un presidente que sabía de sus problemas – pero que gobiernen los militares no le molesta del todo. Los tiempos de Uriburu y Justo también eran tiempos de orden. Las cosas estaban en su sitio. Los patronos a mandar, y los obreros a obedecer. Una sociedad cristiana como Dios manda. Así es desde los tiempos más remotos, y así tiene que seguir. Para el bien de todos. Son los patronos quienes les dan de comer a los obreros, no al contrario. Les dan el trabajo, la vivienda, la comida. Eso cree también Casimiro. Sin Crivelli, sin el trabajo de la estancia, ¿Qué sería de él?

Al otro extremo de la terraza, cuchichean las mujeres. Elena, Ana-María, Lucinda. Ellas beben el mate cocido en tazas de porcelana azul. De vez en cuando, la más chica mira a su padre, ella no puede ver más que su espalda, pero en sus ojos Casimiro puede captar toda su adoración, una forma de éxtasis, casi. Ana-María está bordando, junta a su madre, y parece muy absorbida. Un día, Ana-María apareció a la puerta de la choza de Casimiro. Venía a regalarle un bordado recién acabado. Representaba un hombre parado, un largo palo en la mano, delante de una vaca blanca y roja.

- Eres tú, Casimiro, dijo ella.

Lo había dibujado mucho más guapo de lo que era. Con ropa nueva, coloreada, la ropa que en realidad vestía su padre. O sea que lo había dibujado como lo hubiera hecho de su padre. Un hombre fuerte, sano, guapo, orgulloso. ¿De verdad, lo veía así? No podía ser tan ingenua la chica, y a Casimiro le conmovió sobremanera. Cuando lo había comentado a Elena, para darle las gracias por el regalo de su hija, ella había contestado:

- Nunca conocieron a sus abuelos. Ana-María nació el año en que falleció el padre de Roberto, y mi padre murió dos años más tarde. Vos, Casimiro, representas el abuelo que siempre les faltó. Te quieren mucho.

Si no había llorado, sólo es porque nunca más lloró después de la muerte de sus padres. Porque su corazón ya no tiene lugar para la congoja. Tampoco para el amor, pero eso no lo sabe, por suerte. No saberlo le permite querer a las chicas, y sentirse, aunque sea sólo unos minutos en una

terrazza, o los domingos cuando maneja el carruaje, parte de la familia. Y eso es lo único que lo mantiene vivo, pero eso tampoco lo sabe.

- ¿Pero qué quiere esa chusma? ¿Qué ponga mis cojones en un plato y que los sirva bien asados? Pero dímelo vos, Casimiro. ¿No eres feliz acá? ¿Te falta algo? ¿Tenes frío, hambre, sed? Dime, Casimiro, ¿Soy un mal patrón?

- Claro que no, patrón. Eso pasará, creo yo. Acá todo el mundo le quiere. Pero la política...

- ¡Eso es! Lo has dicho. La maldita política. Todos esos cantamañanas nos están echando el país por tierra. Necesitamos jefes de verdad, no lameculos que organizan el desorden y la cizaña. Ese Perón es un hijo de puta. Que lo fusilen. Y a trabajar, como Dios manda. ¡Carajo!

La mañana del 17, toda la estancia se levanta mucho más temprano que de costumbre. A las cuatro, ya salen los hombres del galpón, y Roberto Crivelli está de pie, en la terraza, para asistir a la partida. Casimiro también se ha levantado, y se ha juntado al grupo de peones. Pablo lo recibe con una sonrisa, feliz de poder contar con la presencia de su amigo al momento de marcharse. No ha intentado convencerlo. De todas maneras, tampoco van todos. Todo eso se arregló con Crivelli. El patrón, adelantándose, organizó un asado excepcional, el lunes por la noche, para hablar con sus empleados. Enfrentarlos no hubiera servido para nada. Tampoco podía despedirlos todos. Ni la mitad. Ellos necesitan el trabajo, pero él los necesita igual. No hubo gritos ni amenazas. Sólo que Crivelli dejó bien claro que no pensaba cambiar sus condiciones, cada uno podría elegir quedarse o no. Todo eso se hablaría más tarde. Por el momento, había que entenderse entre hombres adultos. Le importa un pito el destino del maldito coronel. Al fin y al cabo, los militares siempre han hecho respetar el orden, y no ve motivo para que eso cambie.

Acordaron el envío de cinco representantes a la manifestación de Buenos Aires. Ni uno más. Con la promesa de Crivelli de no despedir a nadie al volver. El patrón escogió la paz de hoy para preservar su ventaja en las luchas de mañana.

Pablo estrecha la mano de Casimiro, y le da unas palmadas en la espalda.

- Gracias. Me alegro verte acá.

- Quería despedirte, chico. Cuídate. Todo eso es muy peligroso. Puede acabar mal. Toda esa política...

- Déjalo, viejo. Ya lo hemos hablado. No se trata sólo de política, se trata de viento, Casimiro, de viento. De vientos nuevos.

- Yo me conformo con el pampero. Y ya es mucho lidiar.

Pablo sonrío. El viejo morirá trabajando en la estancia, sin haber conocido otra vida, ni otro paisaje. Hace demasiado tiempo que se hizo amigo de su cadena.

- Adiós, compañero Fuentes. Cuídate también.

- Cuando vuelvas...

- No voy a volver, viejo. No lo digas a Crivelli, pero no voy a volver. Me quedaré allá en la ciudad.

Casimiro pone cara de asombro.

- ¿Pero... qué vas a hacer? No hay estancias allá.

- No. Pero hay talleres de mecánica. Seguro que buscan mano de obra.

Se van, acompañados por los vítores de los camaradas. Van andando hasta la estación de ferrocarril de San Antonio. Casimiro había propuesto llevarlos en el carro, pero Crivelli se había enfadado.

- ¡Anda, che! ¿No quieres que pague yo los billetes de tren, encima? Que los pague Perón.

Casimiro sube los tres escalones de la terraza, y se coloca al lado de su amo. El sigue mirando hacía el camino de San Antonio, aunque ya hayan desaparecido los cinco peones. Sin mirar a Casimiro, escupe hacia el prado, por encima de la barandilla. Parece más cansado que enfadado.

- Diles a esta pandilla de vagos que los quiero acá delante dentro de diez minutos. Tengo que hablarlos. ¿Me oyes? ¿A qué esperas? ¡Vete ya, boludo!

Y Casimiro se va. Trotando.